ROCKATMELLIO

Ming-Yi

Mano Izquierda Editores

Rockatmellio
Ming-Yi

Fotografía Portada: Kai Cheng by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Maren Wilczek by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

ROCKATMELLIO

Ming-Yi

Mano Izquierda Editores

Prólogo

Este libro surgió como anotaciones que hacía, mientras recopilaba los aforismos taiwaneses, que luego con Mano Izquierda Editores terminó siendo ***Aforismos de Formosa***, por el nombre antiguo que le atribuyeron los portugueses en su expansión colonial de hace siglos.

Asimismo, trabajar con Ming-Yi, en parte era para distraerla de las tensiones generadas por las demoras de su escala en Perú, y conocer un poco más sobre la idiosincrasia, la forma de pensar de los taiwaneses, que son más libres a diferencia de las restricciones que hay de forma encaletada en China continental. Incluso ella señalaba que además de las preocupaciones citadinas, el roce político con China también es un tema al que no pueden abstraerse porque podría afectarles de un modo u otro.

En un momento que almorzábamos, en los días que estuvo de paso en Lima, se quejaba de unos temas suyos y a la vez comparaba el chifa, con platos de su país, que eran parecidos, salvo en el sabor y los insumos para prepararlos. Ahí fue cuando me soltó una que otra frase que eran parte de un acervo de la sabiduría taiwanesa, aunque por extensión, a toda la China, que viene desde los tiempos de Confucio, un filósofo importante como Francia tiene a Foucault y Sartre, o Alemania a Kant. Siempre voy con mi libreta a todos lados, pude apuntar algunos de los que me dijo esa vez, con su respectiva breve explicación.

En otra ocasión, que volvimos a hablar sobre el tema, ella anotó los caracteres en su idioma y el *pinyin* correspondiente, que es la romanización del sonido de esos caracteres, una forma de poder expresarlo quienes usamos el español, el inglés, etc. Pude sonsacarle varios aforismos más, y traducir el sentido de cada uno. Teníamos los suficientes para hacer la propuesta de un libro pequeño. Es cierto que, al traducirlos, pierde gran parte de su sonoridad y el juego de palabras que conlleva. Pero la sabiduría sigue siendo la misma.

De haberse quedado más días en Perú, era obvio que hubiéramos llegado a los cien aforismos, como lo habíamos conversado. Pero iba a ser tedioso y cansado dedicarnos de lleno a eso, cuando su mayor preocupación en esos días era el de confirmar el tema pendiente de su vuelo y el itinerario que le tocaba por delante para llegar a Cabo Verde. Apenas conoció algo de la ciudad, en especial Jesús María y Miraflores. Con los tiempos ajustados, no era su plan de quedarse acá por varios días, sino apenas un par de días, como tenía pensado en un inicio. Apenas pudimos visitar sitios puntuales para comer, tomar un café, etc. y caminar bastante por los alrededores. No estaba de ánimos para irse a meter a un museo o conocer la Lima cuadrada, porque su mente estaba en otra, con las preocupaciones de su viaje.

En ***Aforismos de Formosa*** decidimos aceptar la innovación de Hammu, para incluir los códigos QR en las traducciones de cada aforismo escrito en chino simplificado y su correspondiente pinyin. Me contaba Hammu que, desde hacía unas semanas quería escribir microrrelatos para aprovechar esto de los espacios que genera un código QR y que fuera un

libro de sólo códigos y para leerlo había que pasar el celular encima. Que lamentaba haber colocado enlaces en una página llamada libyin o algo así, y que luego de cincuenta días se eliminaban, lo que implicaba generar nuevos códigos QR. Cuando le avisé que tenía planeado un nuevo librito de aforismos, me sugirió probar con los códigos QR gracias a un generador que, dice, no se evaporarán por un buen tiempo. Igual le advertí que hiciera una edición normal, con todo el texto escrito y luego se creara esa edición 2.0 con los códigos QR agregados.

Aún mantengo comunicación vía correo electrónico con Ming-Yi. En donde está, la señal del internet es mala, por lo que es una tortura para ella subir una simple foto al perfil de su face. En cambio, con los correos, que es puro texto, no hay problemas. Debido a lo complejo de su trabajo ahora, me responde cuando está descansando. Hammu me sugirió que, mientras todavía espera mi otro libro sobre mi vida, la extensión personal de lo que alguna vez fue mi blog en el portal de *site123*, que con las anotaciones al margen que se convirtió en una bitácora e itinerario de Ming-Yi, escribiera algo corto sobre los días que Ming-Yi estuvo en Lima. Fiel a mi estilo, incluí todo el paquete, como adelanto del otro libro que me demoraré en finalizarlo. Los que me han leído ya saben cómo escribo, a ratos en tercera persona como si fuera un personaje más, en otros momentos como si fuera un diario ocasional en el que me pasan cosas. No creo que le agrade a ella ver este libro publicado, pero como ya había coordinado con Mano Izquierda, tras toda esta experiencia, tenía un 2 x 1 en mis manos. Dos libros de ocasión: uno con los aforismos y otro sobre cómo surgió ese libro de los afo-

rismos. Quizás a futuro, en una reedición, incluiría los dos libros en un solo volumen. De momento, están los dos separados, para ver la reacción de la gente.

A Ming-Yi le voy informando sobre los avances del libro, el de aforismos. Le gustó la idea de incluir los códigos QR. Igual ella tiene que revisar que los caracteres chinos y el pinyin estén todos conformes. Por eso el libro de los aforismos es netamente autoría de Ming-Yi. Hammu me hizo la deferencia de incluirme como traductor, lo que es una cosa a medias, gran parte del libro es de ella y de su país.

Y sobre el otro libro que estoy escribiendo, aún no salgo de la etapa de los borradores. Quiero llegar a los 33 capítulos orgánicos, como mi edad, y luego depurar los otros textos que irán como un apartado o anexo dentro del libro mismo. Del título, todavía no tengo escogido un nombre, pero confío que ya aparecerá en el momento de la edición y las revisiones finales. De momento, es todo lo que tengo para compartirles a ustedes.

Saludos,
Rockatmellio.
Lima – Perú.

Rockatmellio fue a recoger a Ming-Yi al aeropuerto. Sería cerca de las nueve. Fue con un cartón que pudo sacarle de la parte limpia de una caja de pizza y escribir con un plumón verde el nombre de Huang Ming-Yi. Por lo que tenía entendido, Huang era su apellido y Ming-Yi su nombre. Costumbres de allá. Como en pleno vuelo no se permite comunicación alguna por internet, apenas tenía la certidumbre que el vuelo que venía desde México había aterrizado. Tocaba esperar. Cada tanto aparecía un grupo de turistas, pero de distintos países. Por las fotos que le pasó en días previos, Rockatmellio la reconocería. Hacia las diez y quince de la mañana, apareció un nuevo grupo de turistas. Rockat alzó su cartón y del grupo apareció una chica flaca, con su mochila de campamento y una maleta rodante, además de un bolso de tela. Eso era todo el equipaje que llevaba consigo Ming-Yi. Rockatmellio quedó impresionado al verla. Era ella. Cuando se vieron, frente a frente, apenas se saludaron de la manera más protocolar. Rockat le ayudó a cargar su maleta. Debían salir del hall del aeropuerto y buscar un taxi que cobrara barato, lejos del área de los taxistas mafiosos que cobran una barbaridad (hasta el día de hoy). Abordaron uno de los taxis que, para ese tiempo, a 35 soles no estaba mal, puesto que los mafiosos cobraban entre 50 a 100 soles, según el distrito. Ming-Yi insistió en llevar adelante su maleta y la mochila, que nada se guardara en la maletera del taxi. Sus razones tendría. En el trayecto de ida casi ni hablaron. Rockatmellio no quería abrumarla con preguntas tontas. A ella se le notaba cansada tras el largo viaje, casi un día entero

entre escalas y cambio de aviones. Apenas preguntó un par de cosas, señalándolas. Llegaron al departamento ubicado en Jesús María, que constaba de dos ambientes, una kitchenette, el baño y un ropero multiusos fuera de la habitación, un sillón degastado que definía el concepto de sala, una guitarra en la esquina y las paredes atestadas de libros, CDs, casetes y cuadernos. Ella acomodó sus cosas en un rincón de la habitación de Rockats, sin mostrar ninguna incomodidad por la sencillez del lugar. Total, para dos días, era más que suficiente. Se notaba una cierta limpieza hecha apenas unas horas antes, la típica de limpiar la casa cuando vienen invitados. Ya establecidos, y sin la presencia incómoda de un extraño como el taxista, pudieron hablar y retomar los temas que alguna vez se dijeron tanto en Slowly como en face. Rockatmellio le preguntó qué podía y qué no comer, para evitarle malestares de indigestión. Ella le explicó que no podía comer picante o que le irritara el estómago, por estar de paso, pero que sí quería probar uno que otro plato típico de Perú. Del ceviche ni hablar, y tampoco el rocoto relleno.

Como Rockatmellio no le iba a cobrar el hospedaje, como lo conversaron en los días previos, ella se comprometía en invitar el desayuno, almuerzo y cena, siempre y cuando no se excediera de sus viáticos calculados para esta escala. Rockatmellio le propuso ir caminando, cerca del mediodía, para llegar primeros al restaurante Don Bosco, ubicado en plena avenida Cuba. Ming-Yi solía estar callada, debido a su timidez inicial con desconocidos, pese a que se escribían por redes de manera fluida. Rockatmellio le hablaba de lo que podrían hacer más tarde, a medida que caminaban por la calle Garzón. Como en su departamento no tenía internet,

le señalaba una que otra cabina de internet, para ir a chequear lo de su vuelo. Cuando pasaron cerca de una casa de cambios, ella le dijo para cambiar unos billetes y así tener efectivo en los días que durara la escala.

Al hojear el menú, Rockats pidió un ají de gallina, y para ella, un arroz con pollo, sin ají. De entrada, papa con ocopa. Todo esto del menú criollo era nuevo para ella, ya que para todo se usaba cubiertos y no palillos, como era costumbre en su país. La comida era abundante. Ming-Yi probó esa salsa espesa llamada ocopa. Lo encontró agradable, a pesar de no poder descubrir un sabor reconocible con algún ingrediente de su país. Probó un poco del ají de gallina de Rockats que le invitó, pero más le encantó el arroz con pollo. Encontró que era muy dulce esa bebida que llamaban chicha.

Salieron del restaurante, y luego de dar unas vueltas, llegaron a la cabina de internet que vieron antes de almorzar. Ella debía contactar a la aerolínea para recibir una confirmación de vuelo que esperaba y de paso, revisar su correo. Lo de la cabina era una salida al paso, ya que comprar un chip solo para esos dos días, iba a ser un trámite tedioso, encima había que actualizar varios aplicativos con el nuevo número temporal, no, la verdad que muy complicado. De paso, si tenía que imprimir algo, lo podía hacer ahí mismo. Pero en aquella primera visita a la cabina (una de tantas) no obtuvo lo que esperaba, sino apenas una escueta respuesta. Lo que le preocupaba a ella es que quizás la escala se alargaría unos días más. ¿Pero estás segura de eso?, le preguntó Rockatmellio. No he recibido la confirmación del pasaje, dijo Ming-Yi, los de la aerolínea me dijeron que para la tarde tendría una

respuesta. Al costado de las computadoras conectadas al internet, había tres módulos con puerta cerrada para lo que era el locutorio. Debía llamar a la aerolínea, a preguntar qué pasó. Tras varios intentos de llamadas cortadas y respuestas endebles, por parte de la aerolínea debía esperar a que le comunicaran a su correo la confirmación del vuelo. Quedaba claro que llamarlos o ir al aeropuerto no servía de nada, si no recibía la respuesta por correo. Ming-Yi pensaba que, en el peor de los escenarios, se quedaría varada en el país y que el vuelo se cancelaría, o que perdiera el avión.

Salieron de la cabina y se fueron hacia el departamento. A Ming-Yi se le notaba el fastidio, estuvo callada todo el trayecto de regreso. Rockat no le decía nada, no la quería alterar en medio de esta incertidumbre. Cuando llegaron, Rockats se puso a limpiar la mesa-escritorio que estaba cerca de la kitchenette. Guardó algunos cuadernos y libros entre los estantes. Ming-Yi debía hacer cálculos, reordenarse ante los imprevistos. Sacó de su maleta su laptop y el cuaderno escolar en el que apuntaba todo como una agenda. Con una bolsa de viaje, ergo viáticos, que no pensaba gastar en la escala peruana, debía precisar cuánto más requeriría en caso de quedarse unos días. Revisaba su agenda y la laptop, releía los requisitos para, en el peor de los casos, pedir reembolso del viaje para regresarse a Taiwán desde Perú y reclamar a la aerolínea por esa escala sin conexión al destino final del vuelo. Mientras estaba concentrada con eso, Rockatmellio puso con un volumen muy bajo, un CD de Joao Gilberto, de uno de sus conciertos en vivo, para ambientar. Era uno de sus pocos CDs originales que tenía, porque lo demás era una colección de CDs piratas que se conseguía del Hueco,

Quilca Galerías Brasil o en uno que otro puesto ambulante. También estaba preocupado: prestarle su casa por un par de días no era problema, pero qué pasaba si se quedaba una semana, un mes o más tiempo. Tampoco iba a ser una sanguijuela o generarle un gasto adicional si es que no llegaba a Cabo Verde.

Luego de una media hora revisando sus cuentas, Ming-Yi decidió guardarlo todo, pero al menos estaba algo tranquila. Había visto algo sobre las cláusulas de su pasaje, es decir, tenía posibilidades de reclamar en caso que la conexión se perdiera, o le anularan el vuelo por otros factores. Le explicó a Rockatmellio que quizás tendría que quedarse por unos días más, pero que no se preocupara por los gastos que le ocasionaría. Rockats lo aceptó de buena gana, eso era lo de menos. Ella le preguntó qué era esa música que sonaba. Rockats le alcanzó la funda del CD, vio a un viejito escondido detrás de una gran guitarra y el micrófono que le tapaba la cara. Leyó: *"Joao Gilberto ao vivo"*. Le devolvió la funda y le preguntó cómo funcionaba la ducha. Fueron al baño, le indicó abrir y cerrar el agua caliente y le alcanzó una toalla seca, para que lo use solo ella. Una ducha tras un largo viaje era todo lo que necesitaba en ese momento.

Sonaba ahora un casete que era copia de un CD, el concierto de María Bethania con Chico Buarque. ¿Por qué pones estas cosas, Rockatmellio? La colección de música consistía más en maquetas, demos y copias de bandas alternativas, punks limeñas y subte. Lo brasileño era lo más suave que tenía, entre originales y copias piratas, para no espantar a la minita. Ming-Yi se le notaba más radiante y descansada, pero

necesitaba hacer dos cosas urgentes: debía cambiar un par de billetes más y probar otros platos de comida. Rockats le propuso probar el pollo a la brasa. Salieron hacia la casa de cambio. Luego se dirigieron hacia una pollería que quedaba cerca de la municipalidad de Jesús María. En esa pollería había un horno antiguo, como aquel otro llamado Timbó (que quedaba en la Bolívar) y que dependía mucho del tipo de leña que usaban, lo que le daba ese sabor único a los pollos que giraban en esas espadas al calor de las brasas. Como era lo usual, solían demorar en entregar los platos luego de hacer el pedido, pero valía la pena la espera. El Rancho hacía años que había desaparecido, como también el Teddy Bear de El Derby. Eran lugares emblemáticos para cenar un buen pollo a la brasa (en el caso del Teddy, el sabor era más tipo *oriental*). En la última década se ha visto el auge de los Norky's y Roky's, un estándar de las pollerías de regular sazón. Pero aún persistían las pollerías como Timbó, Mediterráneo y Pardo's, cuya sazón era superior a las otras. Mientras comían el pollo a la brasa, que a Ming-Yi le pareció delicioso, Rockatmellio le hablaba para ir a conocer las piletas que se iluminaban en el Parque de la Reserva. No era lejos si llegaban caminando. Era maravilloso estar ahí, tanto la pirámide de luz, como el arcoíris; por allá el túnel de agua, y más al fondo la gran pileta con su chorro elevado de agua. Ming-yi tomó una que otra foto con su celular. A pesar que había bastante gente, cada pileta tenía su peculiar encanto. Le preguntó si no era demasiado gasto de agua, ya que sabía que Lima era un poco ciudad desértica. Rockatmellio le explicó que toda el agua recirculaba, que tenían bombas para filtrar y meter presión. Cuando salieron del Circuito Mágico de las Aguas, fueron hacia Campo de Marte, para cortar camino

y llegar más rápido al departamento. La tensión inicial de Ming-Yi fue desvaneciéndose con la rica cena y el paseo por las piletas. Bien dicen que, ver agua en movimiento relaja un montón. El jet lag de aquel viaje prolongado se había ido de sabático. Rockats extendió un saco de dormir sobre una espuma celeste, de aquellos tiempos cuando se iba de campamento con unos amigos, en el piso al costado del sofá, mientras que Ming-Yi se acomodaba para dormir en la cama de Rockats, con un juego de sábanas limpias y cambiadas antes de ir a recogerla al aeropuerto. Para un par de días, dormir al costado del sofá que no servía ni para hacer la siesta, todo mullido y degastado, era una pequeña muestra de estoicismo.

A la mañana siguiente, se dirigieron hacia el mercado de San José, para encontrar los puestos abiertos que servían desayunos. Esperaron un tiempo prudente hasta que abriera la cabina de internet. La prioridad de Ming-Yi era verificar si el tramo Lima–San Pablo–Praia seguía en pie. Al no tener una respuesta o novedad sobre su vuelo, escribió de manera escueta una queja formal contra la aerolínea, por sus pésimos servicios para avisar de vuelos suspendidos o cancelados. Escribió sí, la queja, pero se lo guardó en un correo interno. Por ahora solo le tocaba esperar. El no tener todo bajo su control, la hizo entrar en una crisis interna mientras actualizaba una y otra vez su correo. Se estaba decepcionando, no del Perú ni de la cabina o del hospedaje de Rockatmellio, sino de no poder resolver este problema que la tenía dando vueltas. Quería salir de esa incertidumbre que no deja disfrutar en paz todo lo demás. Escribió un par de correos a sus familiares, informando que se encontraba alojada en Lima,

y que estaba a la espera de la respuesta de la aerolínea, todo en caracteres chinos (no usaba Gmail). Ni modo, a esperar.

Saliendo de la cabina, Rockatmellio le propuso caminar por los alrededores, entrar a las galerías y tiendas, para distraerse un rato. Pasaron por las zapaterías, luego por las galerías de bisuterías, billeteras y carteras. Ming-Yi se compró una carterita que le parecía práctica para llevar billetes y tarjetas. Se probó uno que otro anillo de esos de fantasía o con piedras baratas, pero decidió que, por el momento, no gastaría en algo así. Caminaron un rato más por la plaza. Vio la iglesia de San José y dijo que le recordaba a la película de *Harry Potter*, por el aspecto gótico. Rockatmellio le comentó que, hacia Arenales, unas diez cuadras arriba, estaba el centro comercial de los otakus, donde se concentraba todo eso. A ella no le pareció apropiado un sitio como ese, ya que en su propio país desprecian esa cultura otaku de ñoños reventando sus sueldos por unas muñequitas de plástico, consumiendo música de mierda y viendo contenidos animados con la ideología de superación al éxito o usar demonios en las ficciones para ampliar el mercado. Decidió no conocer ese lugar. El hambre asomaba.

Para este segundo día, Rockats le propuso probar el chifa peruano, que es la fusión de la cocina china con la peruana, que ya llevaba poco más de un siglo en el país como una opción culinaria y al alcance de todos los bolsillos. A Ming-Yi le llamó la atención que llamaran chifa a estos restaurantes, cuando el término chi-fan se refiere a *"vengan a comer"*. Probaron el clásico arroz chaufa, el pollo chijaukay (el salado) y un Kamlú Wantán, aderezado de lonjas de cerdo y variedad

de frutas. Comentó que este tipo de comida se hacía más en las carretillas en la madrugada, tanto en China continental (Shanghai) como en Taiwán. Si bien los sabores cambiaban según los insumos, la forma de prepararlo todo en woks o en vaporeras, seguía siendo la misma. Perú era uno de los pocos países que había reabsorbido parte de la cocina china, con alguna que otra variedad para agradar a todos los paladares. En China, al haber tantas regiones y comunidades, había una mayor variedad de tipos de cocina y preparación de los platos, recetas complicadas de elaborar si no se cuenta con los ingredientes adecuados.

Haciendo la sobremesa, que es esa pausa en que uno termina de almorzar y sentirse satisfecho, pero sin ganas de levantarse todavía y esperar la cuenta, Ming-Yi le explicó a Rockatmellio lo que había ocurrido: el vuelo atlántico estaba retenido en el sistema por un reajuste de escalas en Brasil, lo que le daba un margen incierto de tres a cinco días en Lima, antes de que confirmaran el cupo a Cabo Verde. De momento no podía hacer nada, salvo esperar. Eso la tenía muy preocupada. Rockatmellio le recalcó que, si se quedaba por unos días más, no se hacía problemas. Se disculpaba, eso sí, de no contar con un lugar más amplio para alojarla. Ella le contestó con una frase que parecía sacada de un libro de citas de famosos. Le explicó brevemente a Rockatmellio que era una frase llena de sabiduría, que a veces afloraba en el habla cotidiana de los taiwaneses, en especial entre los más viejos. Rockatmellio anotó aquella primera frase, que sería una de las tantas que recopiló y que aparecerían en el libro de ***Aforismos de Formosa***. Mientras esperaban la cuenta, Ming-Yi le compartió otras frases similares, las que

pudo recordar en ese momento. Satisfechos por el almuerzo, Ming-Yi le pidió como un favor, volver a pasar un rato por la cabina antes de regresar al departamento. Quería confirmar si le mandaron alguna novedad. Mientras estaba en lo suyo, Rockatmellio aprovechó la ocasión para ir al baño de una galería que estaba cerca. Le dijo que no demoraría. Cuando volvió a la cabina, Ming-Yi estaba radiante, ya tenía impreso la confirmación de la aerolínea, y que estaba en proceso el check in que tanto esperaba. La escala brasileña no se había anulado o suspendido, seguía en pie. Por fin podía respirar tranquila. Volvieron al departamento. Mientras que Ming-Yi reordenaba su itinerario y anotaba en su cuaderno, cuadraba cuentas y hacía las conversiones de lo gastado en su moneda, Rockatmellio escribía los versos de una nueva canción en el que se estaba inspirando. Ambos estaban sentados en la mesa-escritorio, cada uno en lo suyo. Luego de un rato, Ming-Yi guardó todo con cuidado en su maleta. Y se sentó en aquel sofá, mirando sin ver, pero que parecía estar con la mirada fija hacia Rockatmellio, como si le hubiera dado un momento ulster en que los pensamientos se desvanecen y se entra en un breve trance donde nada importa. Rockats, que sintió el peso de su mirada, volteó a verla y le preguntó si estaba todo bien. Ming-Yi se desperezó y le dijo que todo estaba bien.

Rockatmellio cerró su cuaderno y se acercó donde estaba ella, sentada en el sofá. ¿Está todo bien?, le volvió a preguntar. Ming-Yi lo miró y puso su cara en su hombro derecho. Rockats sintió que estaba llorando, o algo así. No venía al caso preguntarle que qué le pasaba, no quería incomodarla más. Quizás fuera algo del viaje o el estrés constante a la que

estaba sometida. Estuvieron así un buen rato, en silencio los dos. De pronto, ella se levantó del sofá y se secó con los dedos las lágrimas. Rockats tenía el temor de decirle algo que rompiera ese momento. Solo la miraba, extrañado. Se volvió a sentar y tras una pausa, le empezó a contar que su vida en Taiwán siempre fue el de hacer esto, lo otro, no descansar, siempre hacer algo productivo, la competencia era cosa de todos los días, tanto en la escuela como en la universidad. No conocía la palabra o el concepto de no hacer nada. Pero que, ahora forzada por la escala, debía descansar sí o sí. Le contaba todo esto porque veía a Rockas siempre tranquilo, como si no le afectara mucho el ritmo cotidiano del hacer por hacer o mostrarse productivo. Rockas asintió a todo lo que decía. Los dos estaban cómodamente sentados en el sofá, pasando el rato. Siento que te estoy quitando el tiempo, dijo Ming-Yi, quizás tenías planes para ver a tus amigos o algo así. Rockatmellio le dijo que por el momento eso era lo de menos. No tenía gran cosa por hacer estos días. Pero, ¿qué hay de ti, qué haces?, le preguntó Ming-Yi. De hace tiempo intento formar una banda, empezó a contar Rocketmellio, pero no encuentro a la gente comprometida con el rock o la música. Siempre termino peleándome con el guitarrista o con algún otro integrante, porque solo quieren tocar covers, hacer plata fácil tocando temas que no me gustan. Estuve de invitado en una que otra banda, pero cuando les proponía tocar temas propios, nos íbamos a la mierda. Así que por ahora compongo letras, lo de la melodía sale cuando consiga una banda o alguien con quien tocar temas propios. ¿No conocerás músicos de tu país, le dijo Rockatmellio, para formar una banda? En Taipéi no podrías estar más que unas horas, le dijo Ming-Yi. ¿Tanto así?, le preguntó Rockatmellio. Allá todo es muy opre-

sivo, respondió Ming-Yi, te habrían tildado de vago o loco por no hacer lo que todos los demás hacen. La gente trabaja entre 12 y 14 horas diarias, apenas viven para trabajar y pagar el alquiler, no les alcanza para nada más. Tú acá tienes un palacio a comparación de ellos, acá tienes un buen espacio y mucho lugar dónde poner tus libros y tu música. Allá apenas es un par de metros cuadrados donde el baño está al lado de la cama y a los pies la cocina, todo es muy apretado. No entiendo cómo pueden vivir así, le dijo Rockatmellio. Ya están acostumbrados, dijo Ming-Yi, aunque es más resignación que otra cosa. Hicieron un silencio. Sin saber cómo, sus manos no dejaban de mantener un roce superficial, como si se acariciaran, sin darle la debida importancia. Por cierto, dijo Ming-Yi, ¿hay por acá cerca un minimarket o algo así? Quería comprar shampoo y jabón. Rockatmellio le dijo que estaban cerca de Metro, en cuyo primer piso estaba el supermercado y en el segundo un cine que dejó de funcionar. Se alistaron con lo mínimo y salieron del departamento.

En el área de higiene, Ming-Yi vio que había muchas marcas distintas a las de su país. Le preguntó a Rockats qué era cada cosa, que buscaba un shampoo simple, sin acondicionador. Escogió un par de jabones de glicerina y una botella chica de shampoo. Cuando pasaron por el área de frutas, se maravilló de ver tantas y de distintos colores. Salieron del supermercado y en el camino de regreso, le sostuvo la mano. Surgió de la manera más espontánea. Mientras no dijeran nada al respecto, no se soltarían. Pasaron por las vitrinas de una tienda que estaba cerrada. No quiero ir a tu departamento ahora, le susurró. Rockatmellio la miró. ¿Quieres ir a comer?, le preguntó. No, no es por eso, le dijo Ming-Yi. Sin

decir nada, le dio a entender que quería probar otra cosa. Rockatmellio la observó y captó lo que decía. Conozco un sitio discreto a dos cuadras, le respondió, podemos ir ahí si quieres. Vamos, le dijo ella.

Se desviaron del camino y a media cuadra estaba la discreta entrada al hostal. Ella le alcanzó de forma discreta los billetes al ver el precio de la habitación en el cartel. Rockats pagó y le extendió su DNI como garantía al conserje del hostal. A cambio, le dio un control remoto con una funda acolchada, un llavero con el número de la habitación y un rollo pequeño de papel higiénico. Subieron al tercer piso. El cuarto era sencillo: una cama matrimonial bien tendida, cortinas gruesas que tapaban la luz de la calle y una pequeña mesa de noche con una lámpara de luz cálida. Apenas cerró la puerta, Ming-Yi se soltó el moño y dejó caer su cabello sobre los hombros. Todo lo que era correcto o protocolar, se desvanecía dentro de los linderos de esa habitación. Se le acercó a Rockatmellio sin rodeos y lo abrazó desde atrás. Quería olvidar todo por un buen rato: las tensiones de su viaje, las confirmaciones pendientes de la aerolínea de mierda, la incomodidad de meter todo su mundo en dos maletas y no poder disfrutar a sus anchas de este país mágico y misterioso llamado Perú. Para ella iba a ser un desfogue físico, sacarse de encima esas largas horas de inmovilidad en el avión. Para él, la curiosidad de probar y conocer por primera vez a una chica de Asia, la mismísima Asia que tanto uno ve en los mapas desde el colegio. Se dejó hacer y llevar.

Aquella habitación era un lugar neutro, como Suiza. Podrían hacer lo que quisieran, sin incomodar a los vecinos

del departamento de Rockatmellio. La habitación a oscuras, apenas iluminada por la luz del baño y una cama mullida por el que horas y días antes pasaron muchas otras parejas furtivas en busca de lo mismo: la felicidad orgásmica que dura apenas unos pocos segundos. El escape a la cotidianeidad de la corrección se lo pasaban en el roce de los genitales encandilados y los instintos bajos, más bajos que nunca. La arrechura era una cosa seria, y las mejores cátedras ocurrían en los hostales. En los prostíbulos no, porque hay una carga negativa del pecado nefando, el cargo de conciencia y el alto costo por un servicio de mierda o mal ofrecido. De lo tímida que se mostraba en las comunicaciones previas al viaje, en la cama era otra cosa, una loba de temer. Y contra eso, no había alma más agradecida que Rockatmellio, quien no se oponía a nada de lo que daba y recibía en la horizontalidad de las pasiones (o semi verticalidad, según la pose adoptada con fines acrobáticos placenteros). Rockatmellio descubría entre sus manos la tibieza, su cintura y la entrega de alguien que apenas unas horas antes se comportaba de una manera extraña en su casa. Lo que buscaba era por fin desahogarse de tanta cosa junta. El televisor estaba prendido y muteado, era un canal dedicado a los documentales y justo era un episodio sobre animales salvajes.

Ming-Yi, quien llevó la parte más activa de aquel suceso extraordinario, el encuentro de dos mundos, dormitaba echada al costado de Rockatmellio, que permanecía sentado. Miraba sin ver la tele, divagaba en la idea de cómo llamarla, buscaba un nombre que fuera más íntimo, menos asiático. Le fastidiaba un poco que se llamara Ming-Yi, sonaba a Ban Ki Moon, el tío que trabajaba para la ONU. O sea, era un

nombre, pero a la vez sonaba a que no fuera un nombre, sino una cosa extraña, sin la sonoridad de un nombre como Ximena, Gabriela o Carol. En esas estaba pensando cuando sintió que se levantaba Ming-Yi y se sentaba a su lado, apoyada en la cabecera de la cama. ¿En qué estás pensando?, le preguntó Ming-Yi, desde hace rato te veo así, todo serio. ¿No te gustó lo que hicimos? No, le respondió Rockatmellio, y se corrigió, espera, no es eso. Sino que buscaba una forma de cómo llamarte. Cuando digo tu nombre, Ming-Yi, me suena a como si no fuera tu nombre real. Ming-Yi es mi nombre, dijo, estoy acostumbrada a que me llamen así. No me hago problema con eso. Rockatmellio iba a decirle algo, pero ella lo interrumpió. Sé lo que estás pensando, dijo ella. Si fuéramos marido y mujer, ahí recién te dejaría que me llames de otra manera. Pero no lo somos, y sonrió. Cuando era chica, dijo Ming-Yi, mi abuela me decía Ming. Solo Ming, que significa "brillante" o "clara". Pero nadie más en mi familia me llamaba así. ¿No podría llamarte Mini o de otra forma?, preguntó Rockats, insistiendo con el tema. ¿En serio estamos hablando de esto?, preguntó Ming-Yi, como si le fastidiara hablarlo. Rockat, no me incomoda que me llames por mi nombre, es ya una costumbre para mí. Además, lo dices tan bonito tú. Buscó su mano y lo entrelazó con el suyo. Mi abuela era la única que me comprendía cuando le decía que no quería quedarme a vivir en Taipéi. Yo era la rara de la familia que se metió a estudiar eso de las piscigranjas. Y aquí me ves, en esta cama, a tu lado, a oscuras, con la tele prendida... ¿Por eso buscaste una beca que te permitiera viajar?, preguntó Rockatmellio. Sí, respondió Ming-Yi, desde hacía tiempo quería irme de la isla, sentía que me ahogaba. Mis padres me presionaban que buscara marido o que bus-

cara un trabajo en otra cosa. Pero yo no quería entrar a una oficina, metida en un cubículo de por vida. Odiaba pensar en eso. Mi viaje a Cabo Verde no es solo por las algas o los peces, Rockat. Me gusta ver el mar. No tengo que competir contra nadie y apenas hacer uno que otro análisis de datos de cada proyecto. Rockatmellio la escuchó en silencio, rozando apenas con las yemas de los dedos el hombro desnudo de ella. En el fondo, le dijo Rockatmellio, también buscas ser un alma libre, a tu manera, claro. Lo sé, respondió Ming-Yi. Lo sé, solo que me gusta tenerlo todo bajo control. Ella se acomodó más cerca de su pecho, buscando el calor de su brazo. Tengo miedo, dijo Ming-Yi, que en unos pocos días dejemos de vernos, o que, al contrario, me suspendan el viaje por algún otro motivo y me tenga que quedar varios días más. Pero estar aquí contigo, en este momento, me relaja…

Rockatmellio no le dijo nada. La atrajo hacia sí. Ella se dejó llevar. De pronto estaban en una nueva ronda de ejercicios cardio, la cama gemía y la cabecera martillaba la pared. Hasta que se hizo la paz, coronada por un orgasmo catártico. De nuevo, un silencio más prolongado. La oscuridad los cubría por completo, salvo por la tenue luz del televisor, y más allá, la luz prendida del baño. Ambos estaban exhaustos, decir algo estaba de más, mejor era mantener ese extraño pacto del silencio, en que ambos cuerpos se acariciaban y no valía la pena irrumpir con preguntas. La tarde noche tiene esa rara propiedad de que el tiempo corre más rápido. Donde creían que apenas había pasado dos horas, en realidad eran cuatro. Sonó el teléfono de la habitación. Era el aviso que les quedaba diez minutos para vestirse y salir de la habitación. Apenas si les quedó tiempo para un duchazo exprés cada

uno, y alistarse. Prender la luz del cuarto mató un poco la extraña magia que habían entrelazado en la penumbra.

Cuando salieron del hostal, Ming-Yi le preguntó si había la posibilidad de ir de nuevo a la pollería de anoche, o a una más cercana, porque se le había antojado de nuevo un pollito a la brasa. Avanzaron dos cuadras y encontraron una, cuyo menú era más barato e incluía el célebre monstruito, que es a las finales una porción de arroz chaufa. Satisfechos, caminaron lentos y unidos de la mano hacia el departamento. Repitieron la rutina de ella acostarse en la cama y él, al costado del sofá.

A la mañana siguiente, Rockatmellio la llevó a conocer las carretillas de Salaverry por el ministerio de Salud. Era una opción variada y barata para un desayuno al paso. Entre los panes con camote, tortilla, torreja, con palta, etc. y su emoliente hecho en el momento, cruzaron hacia la berma y se sentaron en una de las bancas libres. ¿Esto qué es?, le preguntó Ming-Yi. Se llama emoliente, le respondió Rockatmellio, esperas a que enfríe un poco y lo bebes. Se parece al té de burbujas, pero es más espeso. Ming-Yi lo bebió con un poco de incredulidad. Se quemó la lengua, pero le gustó el sabor del menjunje. Esperó que enfriara un poco más. Probó un sorbo más largo del emoliente y sintió cómo le recorría el calor en el pecho. Estuvieron sentados un rato, cerca de la nunciatura ubicada al frente del ministerio. Botaron los vasos de tecnopor y las servilletas de los panes en un basurero y se apresuraron en tomar uno de los buses que se dirigía hacia el distrito de Miraflores. Con una cámara pequeña, Ming-Yi iba tomando fotos desde la ventana del bus.

En el óvalo de Pardo debían bajar para llegar al malecón. Para sorpresa de muchos, ese día amaneció claro, sin nubes, lo que permitía ver el horizonte y las islas frente al mirador.

¿Este distrito cómo se llama?, le preguntó Ming-Yi. Miraflores, le respondió Rockatmellio. Caminaron un largo trecho y paseando entre los parques intermedios que reúne el mirador: el parque del libro, el que tiene una estatua de El Principito, la rampa de subida, las canchas de tenis, el parque del faro… Se acercaron hacia el parque que era la plataforma de donde salían los parapentistas que se arrojaban hacia el mar y empezaban a volar. Desde temprano había uno que otro parapentista doblando las telas para meterlas en la mochila o preparándose para volar. Era todo un espectáculo verlos en acción. Ming-Yi le dijo que por fin era testigo de un hecho: poder observar el océano Pacífico desde los dos lados opuestos. Ahorita debe ser de noche en Taipéi, observó Ming-Yi. Ambos se sentaron en la baranda de ladrillos. Rockatmellio le señaló que ese montículo con una cruz encima era el Morro Solar. Hacia el horizonte marino, eso que parecía una isla, en verdad eran dos, una llamada El Frontón donde antes hubo una prisión, y la otra, que era la más larga, se llamaba San Lorenzo. Y lo que estaba más allá era conocido como La Punta, que quedaba en el distrito del Callao, donde también había playas, pero de aguas muy frías.

Era un buen plan pasar la mañana en el mirador miraflorino. Caminaron hacia el Parque del Amor. Recorrieron las bancas ondulantes y vacías que estaban cubiertas de mosaicos y frases de poetas conocidos. Era un lugar ideal para tomarse fotos, en ese momento que estaba vacío. Los fines

de semana este lugar suele llenarse de gente. Ming-Yi le pidió a un transeúnte que le tomara un par de fotos, con el mar como fondo. En las imágenes, Rockatmellio aparecía con su mirada serena y despeinada de siempre, y ella a su lado, sonreía con una soltura que pocas veces se le veía en otras fotos de sus viajes. Sobre la escultura de los amantes que está en medio del parque, A Ming-Yi le parecía que era muy grotesco. Pasaron por la baranda donde las parejas dejan sus candados, una moda que empezó en París y que en varios países lo copiaron. Según el mito urbano, consiste en hacer una promesa personal, o el juramento que hace una pareja, antes de cerrar el candado en la reja y tirar las llaves. Algunos ponen su nombre o una fecha en el cuerpo del candado. Ha pasado que, por el exceso de candados, las rejas no pueden aguantar el peso y se caen. También pasó lo mismo en el Parque del Amor. Reforzaron las rejas y nuevamente se llenó de candados.

Siguieron la ruta del mirador. Rockatmellio y Ming-Yi cruzaron el puente Villena, que ahora era un puente gemelo con la protección de policarbonato para evitar los suicidios, que era muy común en años anteriores. Pasaron de largo el llamado Parque Intihuatana, donde estaba la innecesaria mole de cemento diseñado por un pintor que ni venía a cuento y que de escultura no sabía un carajo. Pasaron por la parte más curvada del mirador, en dirección hacia Larcomar, el centro comercial incrustado en el mismo acantilado, que tenía una variedad de tiendas exclusivas y restaurantes. De entre todas las opciones, escogieron una que tenía vista hacia el mar. Pidieron un almuerzo ligero, para compensar la caminata. Conversaron sobre muchas cosas, a la par que

cada tanto no dejaban de admirar el paisaje que tenían como fondo. Luego pidieron un par de cafés y un postre para los dos, la delicia de lúcuma. Pasearon por las distintas tiendas, entrando de curiosos a uno que otro. Tomaron un taxi unas cuadras lejos de Larcomar, porque tenían la mala fama de cobrar de más a todo aquel que saliera directo del mall. Retornaron al departamento de Rockatmellio, a descansar un rato. Ming-Yi tenía que volver a la cabina de Garzón para imprimir el check in, que era lo que le faltaba. Salieron. Antes de volver (de nuevo) al departamento, vieron en el camino una lavandería. Rockat le propuso que lavara toda la ropa que tuviera en sus maletas, incluso los que estaba usando, para que estuviera todo limpio antes del viaje. Ella asintió, le gustaba la idea. Estando en el depa, Rockats le prestó un polo y un jean que no le quedaba, que a ella le ajustaba bien y no lo sentía suelto. En una bolsa (limpia) de basura, Ming-Yi metió toda la ropa de su maleta y la mochila. Con bulto y todo, fueron hacia la lavandería. Acordaron el precio según lo pesado y en unas tres horas podrían pasar a recogerlo, todo lavado y secado. Para hacer tiempo, se dirigieron hacia las galerías. Pasaron por Llampayeq, donde Ming-Yi probó el mejor alfajor con relleno de manjar blanco, y a un paso de ahí, compraron el combinado de arroz con leche y mazamorra. Para Ming-Yi, el arroz con leche le pareció muy empalagoso, pero más le gustó la mazamorra, que estaba caliente y en su punto. Como todavía faltaba un buen rato para recoger la ropa, fueron hacia Vaso Gigantón para tomar un jugo de frutas, en esos vasos de un litro cada uno. Rockats vio entrar a un grupo de jóvenes que decían venir de una feria gótica donde no encontraron a ninguna chica, bajo la denominación de chica gótica o emo como prototipo,

era apenas una feria de libros en la sala de un departamento. Creyó ver a su amigo Hammu en el grupo, pero era uno que se le parecía bastante.

Avanzaron lentamente hacia la lavandería, la ropa ya debía estar lista. Por alguna extraña inercia, sus manos estaban entrelazadas. Cada tanto, sin mediar palabra alguna, se apretaban la mano con una secuencia distinta. Era un juego silencioso, una especie de código Morse caprichoso inventado al vuelo: dos apretones cortos, uno largo, tres rápidos. No importaba qué decían, ni quién lo hacía. Era un idioma discreto de pulsaciones que solo ellos entendían. Al llegar a la lavandería, el encargado les entregó la ropa limpia en una bolsa transparente grande y compacta. De la lavandería al depa de Rockatmellio apenas eran tres cuadras. Te iba a decir para ir en taxi, le dijo Ming-Yi, pero ya que estamos cerca… Llegaron al departamento y Rockats dejó el bulto en el sofá. Ming-Yi se apresuró a sacar algo de la maleta, y con las mismas le dijo a Rockatmellio para salir. ¿Y la ropa?, le preguntó Rockats, ¿no la vas a guardar? Ya después lo vemos, respondió Ming-Yi, acariciándole fugaz uno de sus brazos.

Salieron hacia el hostal de la otra vez. Ming-Yi le pidió, en el camino, entrar antes al minikarket a comprar algo. Pidió una caja chica de Luckys mentolados, un encendedor de esos baratos y una barra de Mentos masticables. Con el vuelto, separó los billetes para la habitación del hostal y dárselos a Rockats. Entraron a cumplir con la rutina de anoche: el pago del cuarto con el DNI de Rockatmellio a cambio del control con su funda acolchada, la llave y un rollito de papel higiénico. Subieron al tercer piso y les tocó otra habitación, cuya

ventana no miraba hacia la calle, sino hacia el patio interior del edificio. Rockats dejó prendida la tele, muteada en un canal de películas. Ming-Yi entró al baño y luego dejó prendida la luz. Se desvistió con más confianza que la primera vez. Rockatmellio se desvistió más despacio. Ming-Yi se le abalanzó y ambos no dejaron de acariciarse. A ratos ella entrelazaba su mano con la de Rockat y le volvía a presionar, mandándole otro mensaje en Morse. Ya no hablaban, solo se dejaban llevar en la intimidad de un cuarto donde podían dar rienda suelta a lo que sentían con los cuerpos pegados. Tras una ronda, ella se sentó al borde de la cama y prendió un cigarrillo. Prendió otro para él. Tuvo que acomodarse al borde de la cama y fumaron los dos juntos, agarrados de las manos, desnudos, post orgásmicos y sudorosos. A ratos se miraban y querían decirse algo, pero era ella que le ponía el índice en la boca, o era él quien también le decía que no dijera nada, rozándole con su dedo su labio inferior. No querían matar ese encuentro en el que el silencio entre ambos imperaba más que nunca. Tras el cigarrillo que se agotó a los pocos minutos, ella lo tironeó del brazo y se lo llevó a la ducha. Usó el jabón que compró en aquella ocasión que fueron al supermercado. Rockatmellio entendió que debía dejarse enjabonar, era parte de un extraño ritual que iban elaborando conforme pasaban las horas en aquella zona neutra del hostal. Ming-Yi lo limpiaba de manera activa por todo su cuerpo, de la cabeza hasta los pies. Luego, lo enjuagó y le empezó a masajear bajo el agua tibia de la ducha. Rockatmellio sintió que estaba en fa, como ido, pero a la vez se sentía con más energía. Con ninguna pareja con quien estuvo antes, había experimentado algo así. Ming-Yi sabía cosas, quizás fuera ese el secreto ancestral que guardaban celosa-

mente los asiáticos y que pocas veces, en realidad muy pocas, un occidental podía develarlo. Los chinos ya tenían una formación avanzada en la medicina desde hacía cinco mil años atrás. Vesaglio, Galeno, Bayer, Pfizer, toda esa gente que ahora son los CEOs en la industria farmacéutica, apenas tenían 250 años. Había algo ahí. Ming-Yi no se dejó enjabonar, apenas si se bañó rápido y luego con la toalla, una para los dos, empezó a secarlo, frotando vigorosamente sus brazos y piernas. Se sentía renovado. Volvieron a la cama, secos; ella se recostó a su lado, sin dejar de acariciarlo en lo que sería sus zonas erógenas. Rockatmellio quería resarcirse, devolverle el favor, complacerla también. Pero ella lo instó a que no hiciera nada, por el momento. En la penumbra de esa habitación, la que mandaba era Ming-Yi. Luego de un rato, se cansó y se echó encima de Rockats.

Rockatmellio tomó la iniciativa con una delicadeza extrema, como si tuviera entre las manos una pieza de porcelana. Comenzó a acariciarle el hombro, luego descendió a lo largo de su espalda. Le dijo, con señas, que se acostara boca arriba mientras que él se acomodaba, sentado, en la cabecera de la cama. Empezó a acariciarle su rostro. Perfiló con sus dedos el contorno de la cara de Ming-Yi, quien se entregó a esa mansa corriente que sentía por dentro cuando le acariciaba Rockats. Cada vez que los dedos de él rozaban sus cejas, un escalofrío eléctrico le recorría la columna. En la nariz no sentía nada especial, pero en sus labios sí. A ratos se turnaban para darse caricias significativas. Esta vez no consumaron el fuego de una segunda ronda, sino explorarse mutuamente las terminaciones sensoriales de la piel extendida, más allá de un roce ordinario de los genitales. En eso estaban, cuan-

do sonó de manera brusca el teléfono, que les avisaba que tenían 15 minutos para alistarse y dejar la habitación. Como estaban frescos y bañados, recogieron la ropa y se vistieron para salir. Pero antes de dejar la habitación, se abrazaron y se dieron un beso largo de aquellos.

Caminaron un tramo y Rockatmellio, rompiendo el silencio pactado, le preguntó si quería cenar. Ella le dijo que le apetecía algo dulce. Fueron hacia la avenida Cuba, al Roll'n'roll, donde servían crepés dulces y helados hechos en el instante, en esas planchas circulares. Cada uno comió su crepé y su porción de helado con los toppings que podían agregar (grageas, chocolate, arándanos, miel, etc.). Regresaron al departamento, más melosos que en los días previos. Ming-Yi se acordó que debía guardar la ropa lavada. Con la maleta abierta y la mochila vacía, empezó a acomodar lo que usaría menos en el viaje, al fondo de la mochila, tener a la mano algún abrigo o polos de recambio para el tramo que le faltaba. Estaba concentrada en eso cuando se le acercó Rockatmellio con un regalito entre las manos. Al abrir aquella bola de papel, se sorprendió que era un anillo de turquesa, el mismo que días antes se lo probó, pero no lo compró. Se lo colocó y abrazó a Rockatmellio, sin soltarlo por un buen rato. Por alguna extraña razón, no dejó de verlo, bajo esa luz pavonada de la habitación. Debía seguir acomodando la ropa en su maleta. Rockatmellio se preparaba para sacar la espuma celeste y su bolsa de dormir, cerca del sofá. Ming-Yi se puso el pijama y le devolvió, doblado, el polo y el pantalón jean que le había prestado. Te los regalo, le dijo Rockatmellio, son tuyos. Ming-Yi en su país no hubiera aceptado recibir un regalo de esa naturaleza, pero los conservó. El polo le

gustaba y el jean, que parecía suelto, le acomodaba y no le apretaba la cintura. Los colocó cerca de su maleta.

Rockatmellio ya se había acurrucado dentro de su bolsa de dormir. Divagaba sobre la posibilidad de viajar con ella, si debería vender algunas cosas y comprar un pasaje para Cabo Verde, pero quizás debía hacer los trámites para pedir una visa… en esas estaba pensando, cuando escuchó un "tap, tap, tap". Se levantó, creyó que Ming-Yi lo llamaba por otra cosa. Se acercó a la cama y ella abrió la sábana, invitándolo a que durmieran juntos. Rockatmellio se deslizó bajo la sábana, sintiendo el calor corporal de Ming -Yi y un aroma sutil, impregnado en su pijama recién lavada. Se acomodaron de cucharita y entrelazaron sus manos. No había más que decir, salvo dormir, que un día nuevo amanecería dentro de unas pocas horas de sueño.

Se despertaron tarde, y apenas si tenían ganas de salir a desayunar al mercado. Había un poco de yogurt y cereales, un sachet de pasta de tomate que no servía para nada y café instantáneo Kirma, del cual se preparó una taza Ming-Yi. Con el café en la mano, esperando que enfriara un poco, se paseaba por los anaqueles de CDs, casets y libros. Dejó a un lado el café para que enfriara más mientras se ponía a revisar uno que otro libro que le llamaba la atención. Rockatmellio, que estaba sentado en la mesa, no dejaba de verla, mientras comía cada tanto una cucharada de yogurt. Le gustaba que explorara su mundo. Aunque Rockatmellio no tenía una agenda fija de lo que debía hacer en estos días, asumió el rol a tiempo completo de ser un guía de turismo, acompañante, casi guardaespaldas, consejero, su refugio. Recordó una es-

cena de la película "Con ánimo de amar", del director Wong Kar-wai, en el que Maggie Cheung se ponía a revisar y leer las novelas que escribía Tony Leung en su dormitorio, mientras estaban "atrapados" porque los vecinos de los cuartos contiguos no veían la hora de irse mientras que jugaban largas partidas de mahjong. Pensó que Ming-Yi era su Maggie y él sería Tony. Faltaban los fideos de la calle, y cigarrillos, muchos cigarrillos como se estilaba en los ambientes de esa película.

A Ming-Yi le hubiera gustado que aquellas horas de la mañana durasen una eternidad. Le gustaba descubrir todo esto, aquellos libros que jamás vería en Taiwán. Acariciaba por ratos los estantes, como si fuera una prolongación de las manos de Rockats. Veía con atención los títulos de cada libro, trataba de descifrar qué decía aquel inicio de un cuento. El español hablado lo entendía, pero se le hacía un mundo entender lo escrito. A esas horas, tenían el departamento para los dos solos. Los vecinos solían ausentarse por el trabajo o la universidad. Rockatmellio puso un CD (piratita) de Norah Jones y ajustó el volumen para que sonara bajo. Ming-Yi lo abrazó y bailaron sin seguir el ritmo, pegados, como si nada les importara más que el estar juntos. Rockets se puso a escribir algo en uno de sus cuadernos, mientras que Ming-Yi iba y venía, revisaba y agarraba al azar uno que otro libro. Quería recordar todo este espacio, memorizar aquellos estantes y ese momento de intimidad con Rockatmellio.

¿Salimos?, le dijo Ming-Yi. Juntos salieron hacia los alrededores del mercado San José. Pasaron por la calle de las zapaterías. Ming-Yi compró un par de zapatos que los vio cómo-

dos. Luego, fueron hacia la tienda mayorista de golosinas y compró un par de cajas, uno de galletas y otro de chocolates.

¿Pizza?, le preguntó Rockatmellio. No, le respondió Ming-Yi, eso es para la tarde. ¿Pollo?, le dijo Rockat. No, le dijo Ming-Yi, otra cosa. Se acordó de la esquina de Doña Julia, ahí servían anticuchos. La llevó ahí. Ming-Yi cuando vio la foto del anticucho en la carta, se le hizo familiar. En Taiwán también tenían eso. Escogieron cada uno un plato de anticuchos con papa dorada y un pisco sour, para probar. El pedido demoró un poco en llegar. Pero el pisco sour llegó antes. Es fuerte, observó Ming-Yi. Es como una limonada, explicó Rockatmellio, pero mezclado con el pisco peruano. Algo picados por el trago, compararon los anticuchos y las brochetas, que eran muy parecidos a los que se preparaban en carritos de noche, también con palitos y soasados. Luego del almuerzo regresaron al depa y no salieron. Ming-Yi se acordó de dictarle uno que otro aforismo, que Rockat lo fue apuntando con una traducción sencilla. Las enumeraron, tenían poco más de una treintena. En unas hojas aparte, ella dibujó con lápiz los caracteres de cada aforismo. Muchos de esos caracteres se repetían, porque eran palabras sencillas. El pinyin era la forma occidental de cómo leer y pronunciar los caracteres chinos. Esto era esencial al momento de editar en las próximas semanas el libro que preparaban. Te anotaré mi correo, le dijo Ming-Yi, cualquier cosa que necesitas preguntar o enviarme el avance del libro para corregirlo, me lo mandas y ahí te respondo. Rockatmellio guardó en un folder las hojas y el correo de Ming-Yi, tenía así un nuevo libro entre manos. Se sentaron juntos en el sofá a descansar. Se abrazaron y no dejaron de mirarse el uno al otro.

Rockats volteó a mirar el reloj que estaba en la cocina. Eran las cuatro. Sin decirle nada, le preguntó si quería seguir acá en el depa o salir a caminar un rato. Ella le respondió que sí, que mejor salían. No quería conocer o visitar algún otro lugar turístico. Solo quería estar entre los brazos de Rockats. Se alistaron para ir al encuentro de otro refugio, ya no en el de ayer. Cigarrillos, encendedor, jabón, una casaquilla para el frío de la noche. Salieron sin un rumbo definido, con las manos entrelazadas. La meta era encontrar otro hostal u hotel más decente. Fueron hacia la iglesia gótica, giraron hacia Cuba y caminaron hasta encontrar uno más adecuado y bonito, que parecía decente por fuera. El intercambio por el DNI y el respectivo pago, fue apenas la llave de la habitación. Era otro precio, pero por más horas. Subieron por el ascensor, les tocaba ir al cuarto piso. Todo era más limpio y ordenado. La cama tenía sábanas blancas y el baño como las paredes de la habitación parecía todo limpio, nuevo. Había una mesita y dos sillas al costado de la cama. Prendió el televisor y lo dejó en el canal de los documentales, ahora era un episodio sobre felinos. Ming-Yi entró al baño mientras que Rockats cerró las cortinas. La luz de la tarde igual se filtraba. Se descalzó y se echó, esperando a que saliera Ming-Yi. Ella se le acercó, aún con ropa y se echó a su lado. Vieron un rato como unos tigres atacaban a otros. Rockats se incorporó y apoyado en la cabecera, se sentó detrás de Ming-Yi. Empezó a masajearle el cabello mientras que ella se dejaba hacer. Algo habría en esa forma de estimulación que Ming-Yi gemía bajito. Se desnudaron por completo y se dejaron llevar por la unión de los cuerpos. Lo que no querían admitir es que esta sería la última tarde que estarían juntos, porque a la mañana siguiente debían ir temprano al aeropuerto. Pre-

ferían fingir demencia con lo que ocurriera después. Oscilaban entre la arrechura y la melancolía de estas últimas horas, que transcurrieron lentas y cada vez más oscuras. No había nada qué hablar, y sí mucho qué compartir a través del tacto y lo sensorial.

El teléfono sonó a un cuarto para las diez. Era demasiado tarde. No les quedó otra que abandonar aquel último resquicio del placer a oscuras. Pero algo se había activado: la resignación de que la separación llegaría mañana. Caminaron sin soltarse las manos. A pesar que las horas en ese cuarto transcurrieron lentas, el paso del tiempo no perdona nada y sigue avanzando. La eternidad es un concepto al que ningún invento humano ha podido encontrarle frente o detenerlo siquiera por más de un minuto. En el camino se toparon con una esquina en la que hacían shawarmas, a pesar de la hora. Entraron y pidieron lo mismo. Luego dos postres para compartir: la crema volteada y el suspiro a la limeña. Cansados y rendidos, regresaron al departamento, a dormir juntos, aquella última noche.

Se despertaron a eso de las siete. El taxi que programó Rockatmellio vendría recién a las nueve y media. Tomaron desayuno juntos, le dio prioridad del uso del baño para ella, que alistara sus maletas, que no le faltara nada. Le prestó un folder de manila para que lleve ahí los impresos del check in y el pasaje. Escogió un cuaderno de los que no había escrito nada y se lo regaló a Ming-Yi, con una dedicatoria en la primera página. Para que anotes lo que quieras durante el vuelo, le dijo Rockatmellio. Ming-Yi lo vio y no pudo evitar que unas lágrimas se le salieran. Rockats la abrazó.

¿Me acompañarás hasta el aeropuerto?, le preguntó ella. Sí, le dijo Rockatmellio, iré contigo. Rockat se alistó para salir, mientras que Ming-Yi lavaba la taza y todo lo que usaron para prepararse el desayuno. Hubiera querido barrer o limpiar también, hacer labores hogareñas antes de irse. Mejor dicho: hubiera querido estar más días conviviendo con Rockat-mellio.

Hacia las diez y cuarto el taxi contratado avisó que se encontraba en la puerta. Salieron los dos juntos, Rockatmellio llevando su maleta y ella con la mochila y el bolso de tela que llevaba más cosas. En la ruta hacia el aeropuerto, juntaron sus piernas y no dejaban de acariciarse las manos. A ratos se miraban. De día, la ruta hacia el aeropuerto hace ver lo polvorienta, sucia y miserable que es esa zona de la ciudad. No diremos el distrito, que no es Lima, que poco hace por el ornato urbano y menos se preocupa de que se presente más limpio y ordenado para que los turistas se lleven una mejor impresión, tanto si ingresan a Lima o escapan de ella. Solo la vía rápida de Faucett pasando peaje Rímac hace que se vea decente esa parte de la ciudad. Pero todo lo anterior, deberían invertir millones para que tenga un mejor aspecto y luzca menos miserable y sucio, poner más vegetación, árboles al menos. Llegaron a tiempo a la entrada de vuelos internacionales. El vuelo recién salía a la 1 de la tarde, pero debía estar desde tres horas antes. Entraron al hall principal, hicieron la cola para hacer el check in del equipaje de Ming-Yi. Estuvieron abrazados hasta que le tocó el turno de registrar el equipaje, confirmar el vuelo, presentar el pasaporte, etc. Cuando le entregaron el boarding pass, le señalaron que debía entrar hacia la otra entrada donde era el control de

seguridad, mientras que el equipaje era llevado por los empleados de la aerolínea.

Rockatmellio la acompañó cerca de esa entrada, por donde luego la escanearían y revisarían otra vez su pasaporte. Se fundieron en un último abrazo en medio del gentío. No pudieron evitar darse un largo beso, desafiando el qué dirán los Corcuera y toda la gente al alrededor presenciando un acto íntimo de amor. Te escribiré, le susurró Ming-Yi al oído, no quiero perderte. Mándame fotos, le consoló Rockatmellio, letras, lo que quieras. Cuéntame tu día a día. Tú también, le dijo Ming-Yi, escríbeme por cualquier cosa. Ming-Yi dio media vuelta con su bolso de tela y caminó hacia el control de seguridad. Miró una vez más a Rockatmellio, que se ubicaba detrás de la valla metálica. Vio de lejos la cola en el que todos los pasajeros pasaban por el arco de metal, para detectar que no llevaran elementos punzocortantes ni nada por el estilo. Le revisaron la bolsa de tela, pero solo llevaba chocolates y papeles. Y desapareció.

Rockats se quedó un rato más, en esa barandilla, esperando que quizás si se arrepintiera, estaría él para recibirla. Pero la cola avanzó y el vuelo hacia Brasil aparecía en el tablero que indicaba otros destinos más. Algo hondo y quebradizo sintió Rockatmellio a medida que caminaba por el perímetro, en dirección hacia el puente peatonal del aeropuerto, donde estaba el paradero de los buses y las combis. Sintió hambre y decidió no ir en bus, sino en un taxi. Maestro, dijo Rockatmellio al primer taxi que detuvo, al mercado San José.

Días después.

Taipéi, una noche de finales de julio.
Querido Rockatmellio,

Esta carta la inicié escribiendo desde mi país, en los días previos al viaje hacia el tuyo. Por estos días empezó la temporada de tifones y la semana pasada tuvimos que quedarnos en casa dos días porque cerraron las oficinas y las escuelas por el viento, lo cual es normal en Taiwán. Cuando el tifón se anuncia con suficiente antelación, el gobierno declara el "*día de tifón*" (颱風假) y toda la ciudad se detiene, la gente hace fila en el *7-Eleven* para comprar fideos instantáneos como si fuera fin del mundo, y al día siguiente todo vuelve a la normalidad como si nada. Algo parecido cuando en la temporada que anunciaron la pandemia por Covid, todo el mundo se volvió loco comprando papel higiénico como si no hubiera un mañana (algo de eso me contaste por el Slowly, te lo iba a contar también en una carta de respuesta, pero recién ahora me acordé de eso). Por lo que me contabas, en Lima no tienen tifones ni huracanes, sino la garúa suave y luego el verano húmedo que los deja a todos apestando. Comencé a escribirte esta carta larga porque planeaba dejártelo como un regalo de mi parte. Ya veré dónde dejarlo entre tus cosas, si entre tus libros o algo así. Creo que en una que otra ocasión me preguntaste cómo era vivir cerca de China, pero no pude explicarme bien en las cartas de ida y vuelta por Slowly. Me di cuenta de que nunca te he explicado todo el contexto. Voy a tratar de explayarme por aquí, y te lo escribo a mano porque no me conviene escribirlo por celular, ya sabes que soy

un poco cuidadosa con estas cosas. Nosotros como país, somos una isla que tiene un vecino gigante que por años viene reclamando que le pertenecemos. Te voy dejando en claro que China y Taiwán no son lo mismo, aunque nos parezcamos y nos digan chinos, pero los taiwaneses somos distintos, también. Te explico rápido la historia, sin aburrirte demasiado: en 1949, después de una guerra civil, el gobierno nacionalista (el Kuomintang) perdió contra los comunistas de Mao Zedong y se vino aquí, a esta isla, trayendo consigo el nombre oficial de *"República de China"*. Los comunistas se quedaron con el continente y fundaron la *"República Popular China"*. Desde entonces existen, en la práctica, dos gobiernos separados, con dos ejércitos, dos monedas, dos sistemas legales, dos pasaportes distintos y ninguno de los dos ha gobernado nunca al otro. Pero en Beijing nunca ha aceptado esa separación como definitiva: para el gobierno chino, Taiwán es una provincia rebelde que "algún día volverá a la patria", por las buenas o por las malas. Nosotros, en cambio, llevamos décadas construyendo una identidad propia. Hoy la mayoría de los taiwaneses, sobre todo los jóvenes, se sienten simplemente "taiwaneses" y no "chinos", aunque compartamos idioma, algo de cultura y muchos apellidos.

Ojo, no todos aquí pensamos igual sobre qué hacer con esto: hay partidos más cautelosos que prefieren no provocar a Pekín y otros que defienden con más fuerza una identidad separada. Es un tema que divide elecciones enteras, cada vez que nos toca votar. Pero en lo que casi todos coincidimos es en que queremos decidir nuestro propio futuro, y no que nos lo impongan desde el otro lado del estrecho. Con Japón nos llevamos bien, con China continental, no tanto. Y esto es

algo que sorprende a mucha gente de afuera, porque Japón nos colonizó durante cincuenta años (1895-1945) y uno pensaría que eso dejaría rencores. Y sí, tenemos memoria de esa época, con sus luces y sombras, pero en general la relación actual con Japón es cercana y cálida: hay turismo constante en ambas direcciones, comida, series, moda, tecnología, y un sentimiento de saber que estamos frente a las mismas amenazas regionales. Japón nos apoya diplomáticamente de forma discreta. Con la China continental, en cambio, la relación es de tensión permanente. No es que odiemos al pueblo chino, incluso yo tengo amigos y hasta familiares lejanos allá, pero el gobierno de Beijing nos manda mensajes hostiles casi a diario. Casi todas las mañanas nos enteramos por las noticias, según el reporte del Ministerio de Defensa taiwanés, cuántos aviones militares chinos entraron a nuestra zona aérea durante la noche. A veces son cuatro o cinco, a veces son cuarenta. Pero ya nos acostumbramos tanto que ni siquiera es noticia de portada, es como si preguntaras por el pronóstico del clima. Eso te dará una idea de lo normalizada que está la amenaza en nuestra vida diaria, aunque por dentro uno sepa que no es normal en absoluto. Hago una pausa aquí.

Sobre la libertad, o lo que tenemos aquí y no en China continental, es algo que quiero que entiendas bien. Aquí en Taiwán tenemos elecciones libres desde los años 90. Los medios de prensa pueden criticar al presidente sin miedo, algo que en China jamás podrían hacerlo, si hablamos del que está ahorita gobernando. Aunque no lo creas, Taiwán fue uno de los países que aprobó el matrimonio igualitario. Sí tenemos acceso al internet abierto: por acá vemos Google, youtube,

instagram, etc. Cosa que no sucede en la China Continental. Ellos tienen que usar un VPN o algo que salte la barrera o el cortafuegos que les bloquea todas estas redes. No tienen facebook, ni youtube o twitter. Pero usan otras redes donde ven contenidos de ellos y para ellos. Pero son apps vigiladas, por lo que deben tener cuidado con lo que escriben. Ya ha pasado casos de personas detenidas por escribir una queja o una crítica muy dura al gobierno. La policía va y les toca la puerta y son llevados presos, según la magnitud de lo que publicaron o compartieron. Eso claramente es censura. Como era de esperar, en los canales oficiales mandan propaganda y más contra nosotros, que somos una provincia separatista, que nuestros líderes son unos títeres de las fuerzas extranjeras, que nuestra democracia es un caos y que la reunificación debe ser un proceso inevitable y que no se debe alargar más. Todo eso nos enteramos por acá a través de las redes sociales, desde cuentas anónimas que suben este tipo de contenidos. Hay estudios de cómo plataformas como *TikTok* (que aquí también usamos, pero con cierta desconfianza) amplifican ciertos mensajes de la propaganda china que se intercala durante las campañas electorales aquí en Taiwán. Por eso preferimos celulares que sean de otras marcas, pero que no sean Huawei o Xiaomi porque tienen dispositivos espías. Esto que te cuento no es paranoia, sino algo que se sabe de hace años aquí.

Hace unos años, hubo una reforma educativa fuerte para que estudiáramos más la historia taiwanesa que la china. Porque por un buen tiempo se estudiaba el imperio chino y todo eso, pero muy poco de nuestra historia como país. Como es de esperar, eso generó protestas en China conti-

nental y acá estábamos felices de saber eso. Yo llegué a estudiar con la versión "***taiwanocéntrica***". Recuerdo que mis profesores, con mucho cuidado, nos enseñaban a distinguir entre el pueblo chino y el Partido Comunista, para que no cayéramos en un rencor simplista. Porque a las finales, gran culpa de los males siempre fue del partido, no de su gente. También, desde niños, hacemos simulacros en las escuelas: alarmas de defensa civil, señalización de refugios en el metro, ejercicios de "qué hacer si suena la sirena". Es similar a lo que me contabas sobre los escolares japoneses que hacían sus simulacros en caso de tsunamis y terremotos. Claro que, en nuestro caso, es por si algún día el país vecino nos ataque con aviones de guerra y sabremos qué hacer en estos casos.

Cuando asistía a la universidad, me pude enterar que muchos de mis compañeros que hicieron intercambios académicos en las universidades de China, se encontraron con muchas reglas no escritas: había temas que no se podían tocar en clases y tampoco escribirlas en redes, si es que querían que les renovaran la visa o evitarse problemas allá. Conozco a un profesor de ciencias políticas que dejó de publicar con su nombre real ciertos análisis sobre Taiwán, mientras que mantenía colaboraciones con universidades chinas. No le convenía firmarlos para que en el futuro le dijesen algo. Hay taiwaneses que estudian en el extranjero, en Australia o en Estados Unidos. A veces se encuentran en clases con estudiantes chinos que les repiten la cantaleta de una sola China. Ya les ha pasado que se pican y tras debatir un rato, siempre se van a las manos, pelea con contacto físico y tienen que venir los de seguridad a separarlos. Otros prefieren callar y dejarlo pasar. Pero la rabia que deben llevar por dentro.

En lo laboral, es muy complicado, porque nuestra economía está profundamente entrelazada con la de China: muchísimas empresas taiwanesas tienen fábricas o mercados allá, así que los ejecutivos y hasta los empleados de rango medio a veces tienen que evitar hacer declaraciones sobre política, porque no vaya a ser que la empresa termine "boicoteada" en el mercado chino. Esto es algo que ha pasado a varias marcas internacionales, cuando dijeron algo al respecto de Tibet o los uygurs, e incluso sobre nosotros como país. Sin embargo, el mundo entero depende de nosotros como país, porque la industria de los chips, que lo usan en todos lados, incluso en tu celular, el mío, los coches eléctricos y las placas de gráficas para las inteligencias artificiales que han invadido buena parte del internet, todo eso pasa por la fábrica TSMC, que queda en Taiwán. Sabemos que, si algún día China continental nos ataca, recibiríamos ayuda de los japoneses y de Estados Unidos. Mis amigos y yo a veces bromeábamos sobre si empezaba algún día la guerra, a qué bando nos tocaba ir. Pero también entendemos que China es parte de nuestra historia por lo familiar. Mi abuela, que nació antes de que existiera esta división, todavía tiene parientes en el continente a los que casi no ve, separados por una frontera que ninguno de los dos eligió. Tenemos sí, una identidad taiwanesa muy fuerte, esto se nota en la música, en el cine, en cómo los jóvenes llevan la bandera a los partidos de béisbol, en cómo salimos a votar en masa, aunque signifique hacer fila bajo el sol. Pero Taipéi, la ciudad donde nací y vivo, es una ciudad con night markets llenos de gente comiendo brochetas a la medianoche, el clásico té de burbujas que ya me contaste que hay en Lima, estudiantes revisando su teléfono y scrolleando como todo estudiante,

empresarios calculando riesgos políticos como quien calcula el tipo de cambio, y una isla entera que, a pesar de todo, sigue eligiendo cada día vivir en libertad, algo que en China no conocerán hasta que se disuelva el PCCh, o algo extraordinario pase para que sean libres y vivan sin propagandas ni narrativas. Hago una pausa aquí.

Terminé de ver unos pendientes y de paso, releer lo que te escribo desde hace unos días. Me temo que será una carta muy larga para ti, pero es una forma de condensarte muchas ideas sueltas, sobre mi país, sobre mí. Hoy quiero hacer algo distinto: te contaré quién soy yo y por qué me animé a escribirte. Nací aquí en Taipéi hace veintinueve años, en un departamento pequeño cerca de la estación de Guting, donde todavía viven mis padres. Mi papá trabaja importando motocicletas (aquí todo el mundo anda en moto, si vieras las calles todas con scooters a cualquier hora) y mi mamá es enfermera, así que crecí con horarios raros, comiendo sola muchas noches frente a la tele mientras ella hacía turno nocturno en el hospital. Tengo un hermano mayor, A-Ming, que se fue a vivir a Tainan por el trabajo, y una abuela que ya te mencioné, que llegó desde el continente siendo una niña cuando eran los años del gobierno nacionalista, con la idea de que en unos años volvería. Pero pasaron setenta y cinco años, y sigue aquí, y nosotros con ella. Estudié ingeniería acuicultura, por lo que me dedico a ver esto de las pisci granjas y controles de medición del agua, las crías de peces, todo eso. No puedo negar que tuve una infancia feliz, como todos en Taipéi. Los fines de semana me gusta andar en bicicleta por el río, o subir al Elephant Mountain a ver el atardecer sobre la ciudad. También me gusta quedarme en casa viendo dramas corea-

nos con mi gata, que se llama Mochi y que ahora mismo está durmiendo cerca de mí, mientras te escribo. Así que perdona si la letra se ve un poco torcida en algunas partes.

Nos conocimos, si mal no recuerdo, en Slowly, que para mi suerte apareciste tú para yo poder practicar un poco de español. Me acuerdo que en tu primer mensaje preguntabas si comíamos brochetas de otros animales que no fueran cerdo o pollo, porque habías visto un video de comida exótica asiática y te dio curiosidad, y yo me reí tanto que te contesté al toque. Desde entonces hemos hablado de todo: de música, de tu estilo de vida, de mi mala suerte en el amor, de lo que se siente vivir tan lejos de casi todo el mundo, tú en Lima mirando el Pacífico de un lado y yo aquí mirándolo del otro lado. Te escribí todo esto porque hace unas semanas me preguntaste, sin ninguna mala intención, "*¿pero ustedes al final son chinos o no?*", después de ver una noticia sobre un posible conflicto en el Mar de China y la amenaza de una guerra. Así que decidí escribirte a mano, una larga carta que me permitiera explicarte todas estas cosas, las cuales te las puedo comentar libremente y no estar con el miedo que espíen el celular o esas cosas, que ya sabes. Me di cuenta que tú y yo vamos a seguir siendo amigos, y espero que sí, que esto dure varios años. No quería que si un día ves en las noticias "China amenaza a Taiwán" pienses automáticamente que aquí somos lo mismo que allá, que todos somos iguales en Hong Kong, Macao o Taiwán y que la guerra va a ser ya una realidad. Quería que, cuando pienses en mí, pienses también en esta isla completa, con su gente, su miedo cotidiano, su humor negro y sus ganas de seguir existiendo, a la par de aguantar a ese vecino grande y pesado.

También te soy sincera: escribir esa carta fue, un poco, una forma de ordenar mis propias ideas. Nosotros los taiwaneses crecemos con esta tensión tan metida en la piel que a veces no la pensamos con palabras, simplemente la vivimos. Pensé: ¿cómo te explico mejor todo esto que somos nosotros? Escribirte es una distracción para mi también, así paso un rato alejada de los pendientes del viaje y de los preparativos que debo hacer en estos días previos. Prefiero mil veces que preguntes con honestidad a que te quedes con una idea equivocada por pena de preguntar. Y ojo, no espero que te aprendas de memoria toda la historia del Kuomintang ni que te vuelvas experto en geopolítica, solo quería que, la próxima vez que alguien en Lima mencione a Taiwán de pasada, tú puedas pensar: "ah, yo conozco a alguien de ahí, y sé un poco lo que realmente viven ellos". Pero quería que primero entendieras esta parte de mí, la parte que no verás en los mensajes de todos los días y que te lo escribo a mano porque así no corremos riesgo alguno de que nos espíen. Hago una pausa.

Desde Lima, en tu mesa, Rockatmellio, mientras estás cambiando de música y ordenando tus cosas.

No te cuento todo lo anterior para asustarte ni para que sientas lástima por nosotros. Te lo escribo para que puedas conocernos mejor de lo que te va a decir Wikipedia o algún almanaque mundial (como ese de tapas verdes del año 1973 que vi en tu librero). Me haría mucha ilusión pensar que algún día puedas venir a visitarme a Taiwán, te llevaría a comer al Shilin Night Market y te mostraría Taipéi 101 de

noche, que es una vista que no se olvida. Voy a dejar esta cartita escondida entre tus libros. Ojalá lo encuentres luego que me vaya. No te demores en responderme
Con cariño,
Ming-Yi.

P.d.: Si lees esta carta a tiempo, escríbeme cualquier cosa a mi correo, como un "***ya lo leí***". Así sabré que lo encontraste.

Rockatmellio encontró tres hojas arrancadas de un cuaderno y dobladas de una forma que calzaba dentro de un libro. Cuando lo leyó, le escribió enseguida al correo de Ming-Yi, aparte de los otros que le enviaba para pedir revisiones y correcciones del libro de los ***Aforismos de Formosa***. Después de unos días, recibió esta respuesta.

Muchos días después.

Hola Rockast, te escribo en este momento que tengo tiempo para mí. Hace unos días aseguramos un control de daños en dos de las pisci granjas que ya están operativas y empezaré a tener más tiempos libres para revisar los correos y estar al tanto de ti y el libro. Pero este no es el verdadero motivo por el que te escribo. Rockat, te escribo porque todavía te recuerdo con mucho cariño. Nunca antes había sido así con alguien, pero cuando te vi en el aeropuerto, pensé en el tiempo que te habías dedicado a escribir mi nombre en el cartón, esperarme un buen rato, acompañarme en el taxi y sentirme cada vez más protegida contigo, a mi lado. Aún te extraño y estoy al borde de las lágrimas. Son tantas cosas que siento a la vez y si no las escribo ahora, no tendré otra forma de desahogarme. Te voy a ser sincera: no me gusta este lugar en el que estoy. Me ha decepcionado Cabo Verde como país. Lo de las pisci granjas va bien, pero me aburro una eternidad con esto. En realidad, no tengo mucho qué hacer. Los cuadros de medición y control, en apenas una media hora están listos y luego no tengo gran cosa qué hacer. Mas adelante me tocará capacitar a algunos integrantes del proyecto, pero ellos ya tienen buena parte del proyecto avanzado, yo apenas estoy ahí sintiendo que sobro, ¿me entiendes? Yo sé que tú si me entiendes. Me siento sola acá, en esta isla. Creí escapar de lo que tanto odiaba en mi país, de la presión familiar y la política de ya sabes qué. Pero acá me aburro horrores. Si tan solo estuvieras a mi lado... En serio, Rockats. Me caíste súper demasiado bien. Te contaba que, cuando te vi en el aeropuerto, me estabas esperando y sentí como una bienve-

nida cálida de tu parte. Te vuelvo a ser sincera: en mi país todos los varones son unos estúpidos que no saben comunicarse o expresar sus sentimientos. Yo sé que tenías el prejuicio de que las mujeres asiáticas somos frías y distantes. Pero te demostré lo contrario, ¿ah que sí? Vuelvo a recordar cuando me recibiste en el aeropuerto, y sentí que, desde ahí, eras alguien especial. Por dentro quería decirte tantas cosas, desde esa vez que subimos juntos al taxi, pero me hubiera costado decirte todo esto que te escribo. Te habrías abrumado, no lo sé. Pero luego fui conociéndote mejor, me dejaste entrar a la intimidad de tu casa, me hospedaste... Aún recuerdo los aromas de tu pequeña casa. Yo sería feliz ahí contigo, si otro fuera el camino del destino. Nunca te lo dije, pero no me importaba que fuera chico ese departamento donde vivías. Para mí era más que suficiente. Quizás te hubiera propuesto cambiar unos muebles, botar ese sofá y cambiarlo por uno nuevo para que pudieras hacer una siesta sin que uses la cama, un sofá más grande para hacer la siesta contigo. A veces daban ganas de leer y escuchar la música que ponías de fondo, a pasar el rato. Te escribo todo esto porque quería desahogarme contigo. No tengo con quién conversar acá en la isla. No hablan español como pensaba, sino una mezcla de portuñol mezclado con otro idioma que no termino de entender bien y que lo conjugan como partes de la jerga local... En realidad, no cambiaría nada de lo que había en tu departamento, Rockatmellio. Todo lo que tenías ahí definía lo buena persona que eras, tranquilo, sencillo, algo poeta y guapo para mí. Si por mí fuera, abandonaría de arranque todo este proyecto aburrido y volvería a tu cuarto, a que me hospedes de nuevo, a tus brazos, a volver a oír tu voz. Eso era lo que más quería decirte: te extraño tanto, so-

bre todo escuchar tu voz. Sé que estás avanzando con el libro de los aforismos y seguramente andarás a la deriva, paseando a tus horas, disfrutando tu libertad. Todos los correos que me envías sobre los avances del libro los atesoro, ya cuántas veces los he releído. Aunque no me dices nada, sé que algo intentas decirme entre líneas. No, no te estoy recriminando. Ha sido mi culpa. Me aburro demasiado Rockatmellio. Me haces falta, querido. Quisiera, no sé, ver la forma de ahorrar o pagarme un pasaje directo hacia tus brazos. Mandar a la mierda todo este proyecto y regresar por ti. O que vengas aquí y me hagas compañía. Te necesito tanto, corazón. Por mí, te dictaría encantada cien aforismos más, y si hacen falta, te los inventaría. Sé que al libro le va a ir bien, porque tú lo estás editando. Si me arrepiento de algo en aquella escala del viaje donde te conocí, fue el no decirte todas estas cosas. Tienes que comprenderme, estaba confundida, por ti. Pensaba que con el viaje y el proyecto podría enfocarme, pero terminé decepcionada y más aburrida que nunca. Es que nada interesante pasa aquí. Estoy viendo de salirme cuanto antes de este proyecto, pedir un adelanto a cambio de cuadros e informes avanzados, pero no sé si me dejarán. La beca lo pagó la empresa que está invirtiendo en esto de las pisci granjas. Ojalá vinieras aquí y me acompañaras. Ya nos acomodaríamos en el lugar donde estoy escribiendo y duermo. Pero creo escucharte que no te gustaba comer pescados o mariscos. Acá todo en la isla, su gastronomía se basa en eso. Creo que te aburrirías luego de unos días, y quizás también te aburrirías de mí, no lo sé, no quiero pensar en eso, sino en cómo volver a tus brazos otra vez. Rockatmellio, no sé qué me pasa, sólo tú lo sabes. Te escribo cosas sin sentido o disparates, pero también quiero que veas

que todo lo que te digo es todo lo que callé en los días que estuvimos juntos, caminando por tu barrio. No pienso editar nada de lo que te he escrito hasta aquí. Es que, compréndeme, me arrepiento el no haberte dicho más cosas. Luego estuvimos en silencio los dos y nos comunicamos de otra forma, esa es la forma que todavía te recuerdo con mucho más cariño. Quisiera volver a esa noche, a ese cuarto, estar solo los dos, entregándome tantas veces sea posible ante ti, corazón. Nunca había sentido todo eso que vivimos aquellos días con alguien más, contigo todo era diferente. Lo sigue siendo, cada vez que veo el atardecer desde donde estoy, solo pienso en ti, en lo lindo que sería que estuvieras aquí a mi lado y me dedicaras una canción o me abrazaras. Estoy sola y aquí extrañándote demasiado. Espero que al leerme no te sientas abrumado o que borres este correo. Si puedes, imprímelo en la cabina. Consérvalo. Quiero estar entre tus libros, entre tus CDs, ser parte de tu biblioteca personal. Yo espero de todo corazón, algún día, volver a visitarte, ir a verte. Es que contigo todo era tan especial. Varias veces me negaba a escribirte todo esto, porque quizás me tomarías por una loca. Pero también quería comunicártelo por esta carta. NO te estoy obligando a nada, Rockatmellio, querido. Solo que me desesperé en estos días. Siento que no voy a nada, que aquí sobro y que, si por mí fuera, no hubiera tomado ese avión que me alejó de ti y me hubiera quedado por ti. En serio, no debí tomar ese vuelo. Me hubiera saboteado el viaje y hubiera hecho lo que sea para estar contigo más días. Aún recuerdo tu mirada y por eso te escribo, corazón, te escribo para que no quede en nada lo que alguna vez sentimos los dos, lo que alguna vez fuimos en la oscuridad de esos cuartos donde sólo estábamos tú y yo, Rockatmellio.

Me gusta tu nombre, cada vez que lo escribo me hace sentir que te vuelvo a tenerte al lado. Cuando me preguntaste por mi nombre, hubiera preferido que me dijeras alguno escogido por ti que te hiciera sentir más cerca. Hubiera preferido un nombre más íntimo y que solo lo usaras tú, que me lo susurres en la oreja y sabré que seré tuya, solo tuya. Pero Rockatmellio, acá los días pasan lentos, estoy a muchos kilómetros, lejos y abandonada de ti. No quiero perderte. ¿Puedo pedirte que me hagas un favor grande? Espérame. Estoy decidida a hacer las gestiones en estos días y salirme del proyecto. Inventaré excusas técnicas, no sé, o veré de cómo pagar la deuda por el viaje hasta aquí. Pero te vuelvo a repetir: Rockatmellio, espérame. Quiero volver donde ti, donde vives y acompañarte. Quisiera aprender a hablar más fluido el español contigo. A escribir y traducir más aforismos, cuentos o poemas de mi país, lo que sea, pero estar ahí a tu lado, otra vez, Rockatmellio. Espero no me odies por todo esto que te escribo, es que te deseo tanto, corazón. No me dejes abandonada o sola en esta isla. Escríbeme tu respuesta, lo que sea, cuanto antes. Quiero saber que estás ahí, que podrás esperarme. Es todo lo que te pido. Espérame, Rockatmellio querido.
Espérame.
Tuya,
Ming-Yi.

Sobre Huang Ming-Yi

Es taiwanesa, 34 años, soltera y se dedica a la investigación acuicultura, es decir, todo lo que tenga que ver con calcular los parámetros del agua, la salinidad y ciclos biológicos de los peces. Como consultora, alcanzó una beca institucional mediante la ICDF, para realizar trabajos de campo en la isla de Cabo Verde, con la instalación de piscigranjas experimentales. Taiwán, como país, es pionero en este tipo de cooperaciones técnicas con otros países, en especial en África, el cual reconocen que tiene demasiado potencial para el desarrollo pesquero. También era una forma de hacer mundo y salir de su ciudad, Taipéi, lejos de sus padres que le metían la presión tardía de buscar novio o algo por el estilo.

Sobre mí, Rockatmellio

Ustedes ya me conocen, no tengo que contarles todo. Tengo 33 años, vivo cerca de Campo de Marte, y conocí a Ming-Yi a través de una app llamada Slowly, donde los mensajes viajaban demasiado lentos, como si fueran cartas enviadas en tiempo real a través del servicio de correos. Ella quería practicar español y yo saber un poco más sobre esa isla que siempre tenía problemas con China. Luego de un largo intercambio de cartas, nos pasamos a otra red para estar en un contacto más inmediato, debido a que amenazaba con venir a conocerme. En verdad iba a hacer una escala en Perú, por lo del viaje. Coordinamos en los días previos a su vuelo para

hospedarla donde vivo, así se ahorraba lo del hotel. Para un par de días, no me iba a afectar nada. Me pareció una paradoja que saliera de una isla, Taiwán, para quedarse a trabajar en otra isla, Cabo Verde. Otra paradoja, para mí, es que cuando salía con Nena, ella estudiaba biología, para luego perderse entre las vicuñas de Pampas Galeras. Ahí murió todo con ella. Ming-Yi estudió algo relacionado con los peces… En el otro libro, que todavía estoy escribiendo, pongo un poco más sobre mi relación con Nena.

Rockatmellio y Huang Ming-Yi
en Miraflores, Lima.

Mano Izquierda Editores